



ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Prensa, discursos políticos y unidad nacional. La celebración de la Batalla de Puebla (1868-1909)

Chester Urbina Gaitán*

Universidad Nacional de Costa Rica

Recibido: 10 de marzo 2015

Aprobado: 20 de abril 2015

Resumen

El estudio de los discursos periodísticos capitalinos sobre la celebración de la Batalla de Puebla entre 1868-1909 señala que esta fecha histórica fue utilizada para la creación de una comunidad nacional imaginada, como complemento simbólico-cultural a las reformas emprendidas por el grupo político que detentaba el control del Estado y de legitimación del gobierno de Porfirio Díaz. En 1900, la prensa poblana impugna la manera tradicional de celebrar esta fecha heroica y logra incluir a otros héroes, hechos militares y soldados de este combate.

Palabras clave: Batalla de Puebla, México, Estado, Nacionalismo, Regionalismo, Prensa, Liberalismo.

Abstract

The study of the capital journalistic discourses around the celebration of the Battle of Puebla between 1868-1909 noted that this historic date was used for the creation of an imagined national community, used as a symbolic cultural complement for the reforms undertaken by the political group which held state control, and the Porfirio Díaz government's legitimacy. In 1900, the poblana press challenges the traditional way to celebrate this heroic date and achieves the inclusion of other heroes, military facts and soldiers of this military combat.

Key words: Battle of Puebla, México, State, Nationalism, Regionalism, Press, Liberalism

* El autor agradece los comentarios y observaciones a una versión preliminar de este texto al Dr. Miguel Lisbona Guillén.

Introducción

La creación del Estado moderno requirió la construcción de una compleja red de control de los sectores dominados al coordinar las labores de la policía, del cuerpo médico y de las instituciones educativas (Foucault, 2000 y González, 1996: 22). Sobre la construcción de los Estados-nación, Hobsbawm (1991) señala que en este proceso los estados se sirven de instrumentos —la ciudadanía, educación, ejército, etcétera— para transmitir su idea de nación hacia el resto de los sectores sociales. Sin embargo, las ideas de nación también reciben la influencia de los sectores subalternos, quienes reelaboran y adaptan a sus condiciones particulares lo que las elites intelectuales, económicas y políticas producen para legitimarse en el poder.

La nación moderna está ligada al nacimiento del capitalismo, donde el sistema educativo es fundamental en la reproducción de la fuerza laboral necesaria para este sistema económico. Para Ernest Gellner (1983: 34) el Estado necesita crear una lengua y una cultura nacional. Con el monopolio de la educación oficial, el Estado busca instaurar la homogeneidad cultural y la lealtad a un sistema político. Miroslav Hroch (1990) ha indicado que los dos principales factores que llevaron al proceso de construcción de naciones fueron, por un lado, la necesidad de un creciente número de individuos de encontrar un nuevo objeto de identificación individual tras la pérdida de sus tradicionales vínculos sociales y políticos con la aldea, el señor feudal o el gremio; y por otro:

[...] el hecho objetivo de que regiones cada vez más distantes fueran puestas en contacto entre sí a través de los adelantos en el transporte, la expansión de los mercados, la industrialización [...] que produjeron una mayor movilidad territorial y social y un aumento de la comunicación social (:106).

De todo esto surgirá un nuevo concepto de naciones que, para Benedict Anderson (1983: 15), son ante todo “comunidades imaginadas” donde el periódico junto con la novela, fueron medios a través de los cuales fue posible representarse el tipo de comunidad imaginada que es la nación.

Para ilustrar todo lo anterior con el caso de México, después de la independencia experimentó una división política entre liberales y conservadores, la cual hizo que pasara por una serie de guerras civiles, bancarrota, anarquía y corrupción política que condujo a la pérdida de Texas y a una eventual segregación de Chiapas y Yucatán. Esta situación planteó a los políticos e intelectuales mexicanos la necesidad de crear un proyecto de nación. Ello explica que en 1854 se hiciera la convocatoria para la música y la letra del Himno Nacional Mexicano. Esta medida iba encaminada a generar lealtad a un gobierno nacional mediante la educación: el inculcamiento de la identidad y la conciencia nacional por medio de rituales escolares como el respeto a los símbolos nacionales, a los héroes de la Independencia, la enseñanza de la historia y el uso del español como lengua franca (Vázquez, 2000: 51).

Sobre la dicotomía entre liberales y conservadores en México durante el siglo XIX, se tiene lo apuntado por Brading (1973: 161) donde refiere que el surgimiento de la división entre liberales y conservadores se explica por la tendencia de los historiadores de esta época a plantear los conflictos en términos de dualidad; así, mientras los liberales ahondan las luchas entre las fuerzas del progreso y de la reacción, los conservadores la presentan como un combate entre la anarquía y la civilización. Stevens (1991: 29-45 y 110) analizó esa dualidad y señala que las opiniones políticas en el siglo XIX se clasifican en tres posturas políticas: conservadoras, moderadas y radicales; cuyos programas diferían en los siguientes puntos: organización del Estado, métodos de control social, poder estatal e intervención en la economía, relaciones entre la iglesia y el Estado, y el valor que se le otorgaba a la experiencia política colonial.



Con la llegada al poder de Benito Juárez (1858-1872), se comienza a estructurar un Estado nacional que se fundamenta en el nivel ideológico sobre el liberalismo y el positivismo, que promovía el capitalismo y una identidad nacional asentada sobre el imaginario criollo (Hale 1997: 824). Para Juárez era urgente buscar el desarrollo económico del país, el orden y la destreza. Las actitudes favorables a la industrialización se obtendrían por medio de la educación. En esto tuvo un papel fundamental Gabino Barreda, quien pensaba que para poner fin al caos en el que había vivido la nación, se requería poner orden en la mente de los mexicanos. Esto se conseguiría con la exaltación del pensamiento científico a través del positivismo (Vázquez, 2000: 56).

Por medio de la Ley Juárez (1855) y la Ley Lerdo (1856) se acentuaron más las reformas liberales. La primera pretendía afirmar la igualdad para todos los mexicanos ante la ley, al terminar con la inmunidad de los oficiales militares y de los eclesiásticos, y al eliminar las cortes o leyes especiales para las clases privilegiadas. La segunda, pretendía disolver los monopolios más grandes del país al forzar a la Iglesia a deshacerse de sus vastas propiedades. Estas dos leyes constituyen la base jurídica de la Constitución de 1857, la cual, tenía como objetivo atacar la estructura de abusos y privilegios existente en el país (Roeder, 1952: 123).

Pese al planteamiento de esta legislación liberal, el gobierno de Juárez tuvo un retroceso con la conformación de la segunda intervención francesa en México. Esta invasión se originó debido a la suspensión de los pagos hacia los países acreedores por parte del presidente Benito Juárez, el 17 de julio de 1861. Esto no fue aceptado por España, Francia y Gran Bretaña. Los tres imperios europeos firmaron el Tratado de Londres el 31 de octubre para unir sus esfuerzos y así recibir el pago de la deuda mexicana. El 8 de diciembre las tres flotas llegaron a Veracruz. Empero, cuando los británicos y los españoles se enteraron de los planes de invasión de los franceses, los dejaron solos. Pese a que los franceses experimentaron una derrota inicial en la Batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862, este revés militar no los hizo retroceder en su campaña de invasión, lo que les permitió tomar la ciudad de México el 7 de junio de 1863. Esto condujo a la proclamación de Maximiliano de Habsburgo como Emperador de México (1863-1867). Luego de la caída del segundo imperio mexicano, Juárez toma de nuevo el poder. A nivel estratégico, la batalla de Puebla fue un triunfo militar importante debido a que retrasó un año el avance de los franceses y le permitió al gobierno mexicano preparar mejor su defensa. Es en el nivel moral donde este hecho militar sobresale, ya que el pueblo vio que el extranjero no era invencible y que el ejército mexicano fue capaz de hacerle frente al ejército más poderoso del mundo.

México a finales del siglo XIX, a un nivel económico, estaba formado por complejos regionales de tipo productivo, histórico y social, asociados a formas determinadas de reproducción, flujo y control de la fuerza de trabajo y, también, a movimientos y sublevaciones. Para los indígenas, la vinculación agrícola con la economía mundial ocasionó la pérdida de sus tierras comunales y, en forma compulsiva, a trabajar en condiciones de semi esclavitud, como sucedió en el Valle Nacional, la selva chiapaneca y Yucatán (*Historia de la cuestión agraria mexicana*, 1988: 77-78 y Gilbert, 1982). En esta época, la escasez de vías de comunicación, los accidentes geográficos y la diversidad de culturas y lenguas dificultaban la tarea de educar a la población nacional. Fue hasta 1900 cuando se comenzó a fomentar una política para educar a la población indígena, por lo que la educación en el siglo XIX era elitista. En el año antes citado, el 84 % de la población no sabía leer ni escribir (Mondragón, 2008: 161).

El régimen de Porfirio Díaz (1876-1911) da una continuidad al proyecto de consolidación del estado debido a que impuso un período de pacificación luego de que el país experimentara varias guerras durante todo el siglo XIX. Este régimen apoyado en la ideología liberal, ayudó



a consolidar el Estado moderno en México al someter a la Iglesia y los poderes locales bajo su hegemonía. Fue un régimen marcadamente personalista y se apoyó en la habilidad de Díaz para establecer y mantener amistades y lealtades dentro del marco del patronazgo político. La forma de dominación se estructuró alrededor del debilitamiento del mando de los gobernadores, de mantener el equilibrio entre los poderes y las elites regionales, y por el uso del ejército para eliminar cualquier impugnación al poder estatal (Garner, 2003; Cosío, 1955-1972 y Guerra, 1988). Para Ernest Renan, en el origen de todas las formaciones políticas se encuentran hechos de violencia: la “unidad siempre se hace brutalmente, la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas” (Fernández, 2000: 57).

Fundamentado en todo lo anterior, el presente artículo tiene como objetivo analizar los discursos periodísticos sobre la celebración de la Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862 y estudiar en ellos la formulación de un proyecto de nación liberal que borraba las diferencias políticas de los mexicanos, exaltaba el régimen político de Porfirio Díaz, resaltaba el protagonismo militar del General Ignacio Zaragoza, invisibilizaba la participación de los actores regionales y de otros hechos militares en dicha gesta heroica, y manifestó el rechazo a la presentación del General Zaragoza como héroe nacional. El período de estudio abarca desde la inauguración del Monumento al general Zaragoza en 1868, hasta 1909 con el rescate del protagonismo de otros actores y hechos militares de la Batalla de Puebla.

La prensa mexicana y los discursos sobre la Batalla de Puebla (1868-1909)

El 4 de mayo de 1868 se trasladaron los restos del General Ignacio Zaragoza, de Puebla al panteón de San Fernando de la ciudad de México, por lo que el Presidente Benito Juárez nombró al Lic. José María Iglesias – quien fue su ministro de Hacienda, de Gobernación, de Justicia e Instrucción Pública – para que pronunciara un discurso en honor a la Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862 y del protagonismo del General Zaragoza. En este discurso se resalta que la lucha contra la intervención francesa se podía denominar como la segunda guerra de Independencia. Para el Lic. Iglesias, los dos períodos históricos más notables de la historia mexicana se simbolizan en el cura Miguel Hidalgo y Costilla e Ignacio Zaragoza, así como en dos fechas: 16 de septiembre de 1810 y 5 de mayo de 1862. Remarca el triunfo del ejército mexicano sobre el francés, el cual aparte de ser el mejor del mundo, nunca había experimentado una derrota. Asimismo, agrega lo siguiente:

Grandes, como nunca, son ahora los preparativos para la fiesta de la familia mexicana. El entusiasmo del pueblo, como un río que no cabe en su cauce y que se desborda por todas partes, encuentra estrecho el recinto del hogar doméstico, y se exhala públicamente en demostraciones unísonas de contento y de regocijo (*El Siglo Diez y Nueve*, Jueves 7 de Mayo de 1868: 1).

En este discurso se trata de darle un carácter nacional a la celebración que se estaba haciendo en la ciudad capital. Luego de la plática del señor Iglesias, don Francisco Beltrán recitó una composición donde se le da a Ignacio Zaragoza el título de héroe nacional:

Y esa tumba que se alza majestuosa [sic]
Con artístico aliño
Y en que el héroe de México reposa,
Será nuestro blasón, nuestro cariño.
(*El Siglo Diez y Nueve*, Jueves 7 de Mayo de 1868: 1).



Con estos actos se comprueba lo señalado por Olsen (1986) en el sentido de que los monumentos están diseñados para proyectar temor o admiración al observador, para recordarles la antigüedad de las dinastías, el poder del régimen, la riqueza de la comunidad, la verdad de la ideología que proyectan, las victorias militares o los triunfos de las revoluciones. Es decir, representan la riqueza, el poder y la verdad. De igual modo, la erección de este monumento permitió la creación de una comunidad nacional imaginada, sirvió de complemento simbólico-cultural a las reformas emprendidas por Benito Juárez y el grupo político que detentaba el control del Estado.

El 5 de mayo de 1868, el Lic. José María Castillo Velasco emitió un discurso en el pórtico del Teatro Nacional al inaugurarse la calle del “Cinco de Mayo”. En dicha alocución se exalta que “el amor a la patria es el amor santo a nuestros padres, es el amor purísimo a nuestra amada, es el amor a nuestros hermanos, a los hijos de la misma patria, es el amor a la gloria de nuestra raza, de nuestro nombre” (*El Siglo Diez y Nueve*, Jueves 7 de Mayo de 1868: 1). Igualmente, señala que en esta fiesta nacional, “quien no ama a su patria, quien no goza con los triunfos de su nombre, quien no sufre cuando ella sufre, ni se enorgullece cuando ella triunfa, es de raza de traidores” (*El Siglo Diez y Nueve*, Jueves 7 de Mayo de 1868: 1).

Además, menciona que Hidalgo, Morelos y Guerrero libertaron a la Nueva España del poder de España y crearon un nuevo pueblo. Juárez, Lerdo de Tejada y Ocampo, liberaron a México del poder de las clases privilegiadas al abolir los fueros, desamortizar la tierra, establecer la libertad religiosa y el registro civil. Los representantes del pueblo en 1857 proclamaron los derechos del hombre y dieron forma en la Constitución a la idea democrática (*El Siglo Diez y Nueve*, Jueves 7 de Mayo de 1868: 2).

Para el sábado 4 de mayo de 1878, el periódico *La Bandera Nacional*, publicaba una crónica donde se reitera un discurso alusivo a la unidad del país:

El transcurso de diez y seis años ha sido suficiente para extinguir la división que separaba en dos bandos distintos a los hijos de México: hoy todos unidos aspiramos a la felicidad de la República por medio de la instrucción y del trabajo, y de estas fuentes inagotables de la prosperidad, se aguarda con justicia el engrandecimiento (*La Bandera Nacional*, Sábado 4 de Mayo de 1878: 1).

Con respecto a los actos de conmemoración de la Batalla de Puebla, en el año antes mencionado, se tiene que el Ayuntamiento del Distrito Federal acordó que a las cinco de la mañana se izaría el pabellón nacional, donde música, repiques de campanas de iglesias y cohetes anunciarían que el pueblo se preparaba para celebrar este aniversario. Entre lo más relevante de estos actos, se encuentra que a las ocho de la mañana, en el Panteón de San Fernando, se reunirían el Gobernador del Distrito Federal, el Ayuntamiento capitalino, empleados y asociaciones para recibir al Presidente Porfirio Díaz con el fin de rendir homenaje al General Ignacio Zaragoza, para lo cual pronunciaría un discurso el Lic. Felipe López Romano (*La Bandera Nacional*, Sábado 4 de Mayo de 1878: 1). Referente a la participación de empleados y asociaciones capitalinas en estos actos, se debe aclarar que la creación de símbolos patrios y la celebración de las conmemoraciones, están íntimamente relacionadas con el interés de los gobernantes de que los sectores populares se involucraran en la participación de actividades cívicas.

En 1892, el discurso conmemorativo lo dio el Dr. Manuel Flores – destacado intelectual del porfiriato y director de la Escuela Nacional Preparatoria entre 1901 y 1910 –, quien resaltó los logros del gobierno del General Díaz:



No a otra cosa consagramos hace quince años nuestra actividad. La ruta está científicamente trazada: instrucción popular y prosperidad material, sin las cuales el ejercicio de los derechos del hombre es imposible, y paz, sin la que ni la educación ni la riqueza pública, son realizables. El orden como base, el trabajo como medio, la prosperidad como fin (*La Convención Radical Obrera*, 8 de Mayo de 1892: 2).

En 1899, nuevamente el Dr. Flores vuelve a brindar el discurso de celebración del hecho militar en estudio e insiste en la exaltación de la política económica del presidente Díaz:

La más cauta y provisoriosa de las políticas es la del ahorro y la acumulación: la del trabajo y del progreso, la del mejoramiento económico. Tal es la que hace un cuarto de siglo sigue el país; de ella emanan su seguridad presente y su tranquilidad para el porvenir (*El Imparcial*, Sábado 6 de Mayo de 1899).

Según se ha podido constatar, los discursos del Dr. Flores buscaban legitimar el mandato de Porfirio Díaz donde el pueblo no tenía posibilidades de organizarse ni de publicar periódicos con ideas diferentes a las del gobierno.

La Batalla de Puebla en la prensa poblana (1900-1909)

El 5 de mayo de 1900, el periódico poblano *El Amigo de la Verdad*, que se hacía llamar: “Diario de propaganda católica, patriótica y de información”, resaltaba que existían hechos más heroicos en el sitio de Puebla que los librados en los cerros de Loreto y de Guadalupe, como los combates de San Javier y de Pitiminí, la resistencia de la plaza y su heroica rendición ideada por parte del General José María González de Mendoza. Según este periódico, ni por el número de combatientes que participaron en ella, ni por su significación, la Batalla de Puebla tenía la importancia como para que mereciera conmemorarse con una fiesta nacional. La victoria del ejército mexicano se debió al General Miguel Negrete – originario de Tepeaca, Puebla –, quien resistió el ataque de los franceses y los hizo retroceder tres veces. De igual manera, indica: “Los liberales, venga o no venga al caso, intentan tergiversar [sic] la historia, convéngales o no” (*El Amigo de La Verdad*, 5 de Mayo de 1900: 2). A mediados del mes antes mencionado, los vecinos de la colonia Miguel Negrete de Puebla tenían el proyecto de levantar en la plaza de los Remedios una estatua ecuestre en honor de ese héroe militar (*El Amigo de La Verdad*, Mayo 16 de 1900: 1).

Sobre este rechazo regional al protagonismo de Zaragoza y al proyecto de nación emanado desde la ciudad de México, subyace lo que Florencia Mallon (2003) ha señalado para el caso de la sierra norte de Puebla, donde existía una fuerte tradición de resistencia popular y conflictividad que hizo que el Estado mexicano manejara con flexibilidad las relaciones políticas con esta región, por lo menos, hasta después de la revolución de 1910. Porfirio Díaz sabía que debía otorgar un cierto margen de autonomía a las élites regionales para contar con su apoyo. La selección de Zaragoza y de una parte de la Batalla de Puebla ilustran que el Estado mexicano en su afán por crear un discurso histórico oficial, no se encargó necesariamente de preservar la memoria popular porque su interés era el de inventar una tradición. Para Hobsbawm y Ranger (1992: 4), la tradición inventada viene a ser un proceso de formalización y ritualización caracterizada por su referencia al pasado, se impone a través de un conjunto de prácticas de naturaleza simbólica destinadas a inculcar ciertos valores o normas de conducta gracias a la repetición que implica automáticamente una continuidad con el pasado.

Con respecto al discurso cívico poblano, Connaughton ha señalado que, hacia mediados del siglo XIX, este giraba sobre la idea de que la nación mexicana era una familia, y en su uso



metafórico, se trataba de referir a los ciudadanos a un destino más elevado que el interés propio. Además, sobresale el deseo de un líder frente a la anarquía, la inestabilidad del Congreso y de los movimientos revolucionarios. Se tenía la fe de que un hijo benemérito de la patria podía lograr que la religión, la independencia y la unión equivalieran en la realidad a la paz y la prosperidad (Connaughton, 1996, 86).

La inclusión de Puebla en la prensa porfirista, como actor protagónico en la batalla que aquí se analiza, quedó plasmada en 1909 en un poema de Manuel H. San Juan denominado “5 de mayo” donde se destacan los siguientes versos:

Obrera de fecundas revoluciones,
No hagas de ciudadanos viles ilotas;
Tú despertaste el alma de las naciones,
Defendiste el derecho con tus patriotas
Y predicaste un verbo de redenciones...
Puebla, matrona ilustre levanta erguida
Tu fulgente diadema de gran señora,
La fama de los héroes a ti va unida.
¡Qué prodigios has hecho de vencedora!
¡Qué sublime te ostentas cuando vencida!
(*El Abogado Cristiano*, Mayo 6 de 1909: 278).

Con esta inclusión de Puebla en los discursos sobre la batalla del 5 de mayo de 1862, se señala que la prensa no es solo el medio de representación y reproducción de los hechos fundamentales de la historia de la nación, sino también el medio de comunicación que permitió exponer las críticas y descontentos a la marginación político-cultural que experimentaron actores, grupos, localidades y regiones en la construcción de la nación mexicana. Sin embargo, esto no hizo que la celebración de la batalla se desligara del protagonismo militar de Ignacio Zaragoza.

Conclusión

En los discursos sobre la Batalla de Puebla en el período 1868 a 1899 sobresalen algunos elementos importantes para la construcción del proyecto de nación mexicano: la creación de una comunidad nacional imaginada, su utilización como complemento simbólico-cultural a las reformas emprendidas por el grupo político que detentaba el control del Estado y de legitimación del gobierno de Porfirio Díaz. Empero, en 1900, Puebla impugna la idea de celebrar este hecho militar ligado únicamente al heroísmo del general Ignacio Zaragoza y de una parte de los hechos ocurridos en ese evento. Esto ocurrió a través de las publicaciones de *El Amigo de la Verdad*, quien propone al general Miguel Negrete como héroe nacional de esta batalla y la celebración de los combates de San Javier y de Pitiminí, la resistencia de la plaza y su heroica rendición por parte del General González de Mendoza. La incorporación de Puebla en los discursos sobre la batalla del 5 de mayo de 1862, permite evidenciar el margen de negociación que autorizaba Díaz en su sistema de dominación política donde debía otorgar un cierto margen de autonomía a las élites regionales para contar con su apoyo. Con este reconocimiento, se pudo comprobar que la prensa fue el medio de comunicación que permitió exponer las críticas y descontentos a la marginación político-cultural que experimentaron actores, grupos, localidades y regiones en la construcción de la nación mexicana.



Referencias bibliográficas

Hemeroteca Nacional de México

Periódicos

El Abogado Cristiano. Mayo 6 de 1909.

El Amigo de la Verdad. 5 de mayo de 1900. Año XXIX, Núm. 99.

El Amigo de la Verdad. Mayo 16 de 1900. Año XXIX, Núm.108.

El Imparcial. Sábado 6 de mayo de 1899. Tomo VI, Núm.960.

El Siglo Diez y Nueve. Jueves 7 de mayo de 1868. Año Vigésimo quinto, Núm. 298.

La Bandera Nacional. Sábado 4 de mayo de 1878. Año I, Núm. 177.

La Convención Radical Obrera. Domingo 8 de mayo de 1892. Año VI, Núm. 384.

Libros

Anderson, Benedict (1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Thetford Press Limited.

Cosío Villegas, Daniel (1955-1972). *Historia Moderna de México*. México: Editorial Hermes.

Fernández Bravo, Álvaro (compilador) (2000). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.

Foucault, Michel (2000). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.

Botey, Carlota, Antonio García de León, Enrique Semo y Everardo Escárcega (editores) (1988) *Historia de la cuestión agraria mexicana. El siglo de la hacienda 1800-1900*. México: Siglo XXI.

Garner, Paul (2003). *Porfirio Díaz del héroe al dictador*. México: Planeta.

Gellner, Ernest (1983). *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press.

Gilbert, Joseph (1982). *Revolution from without: Yucatán, México, and the United States, 1880-1924*. Cambridge: Cambridge University Press.

González Stephan, Beatriz (compilador) (1996). *Cultura y tercer mundo*. Venezuela: Nueva Sociedad.

Guerra, François Xavier (1988). *México, del antiguo régimen a la revolución*. México: FCE.

Hobsbawm, Eric (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.

Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (1992). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mallon, Florencia (2003). *Campesinado y nación. La construcción de México y Perú postcoloniales*. México D.F.: CIESAS, Colegio de Michoacán y Colegio de San Luis de Potosí.

Olsen, Donald J. (1986). *The City as a Work of Art*. London, Paris, Vienna: Yale University Press.

Roeder, Ralph (1952). *Juárez y su México*. México: Secretaría de Educación Pública, Volumen 1.

Stevens, Donald Fithian (1991). *Origins of Instability in Early Republican Mexico*. Durham



NC: Duke University Press.

Vázquez de Knauth, Josefina Zoraida (2000). *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.

Revistas impresas

Brading, David (1973). “Creole Nationalism and Mexican Liberalism”. En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Núm. 15, mayo.

Hale, Charles (1997). “Los mitos políticos de la nación mexicana: El liberalismo y la revolución”. En: *Historia Mexicana* Vol. 66, núm. 4. México: El Colegio de México.

Hroch, Miroslav (1990). “How much does nation formation depend on nationalism?”. En: *Eastern European Politics and Society*, vol. 4, núm.1.

Mondragón Contreras, Jimena (2008). “Una historia para una infancia. El discurso histórico en publicaciones periódicas infantiles del siglo XIX en México” En: *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. 13, núm. 1-2. México: UNAM.

Revistas electrónicas

Connaughton, Brian (1996). “Cultura, política y discurso religioso en Puebla: los caminos entrecruzados de la primera ciudadanía, 1821-1854.” En: *Iztapalapa*, Núm. 19, enero-junio. México: UAM. URL: <<http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=529&article=538&mode=pdf>>.

Contacto del colaborador

<chesterurbina@yahoo.com>

